

ceden con gusto los misioneros ; y el 14 del mismo mes, estos dos hombres , á quienes los monarcas colmaban de respetos, y á quienes saludaba el pueblo como apóstoles, fueron á demandar un asilo en el hospital de Valladolid.

Ricos de tesoros celestiales, aunque espontáneos indigentes de los que el mundo ofrece y dispensa á sus favorecidos, caminaban continuamente á pié para dar un ejemplo de la humildad cristiana, y de esta manera entraron en Valladolid, residencia del jóven monarca Felipe II y de su esposa. Este Príncipe, tan diversamente juzgado por los historiadores, pero cuyas altas miras políticas no han sido jamás contestadas, comprendió muy luego las tendencias del Instituto. Destinado al trono por su nacimiento, y sintiéndose rey por todos sus instintos, no tardó en conocer el poderío de la palanca que habia Loyola colocado en manos de los Papas y de los Soberanos. La Compañía consagraba á sus ojos el doble principio de autoridad, y esto bastaba para que Felipe favoreciese su extension. Juan Tavera, cardenal de Toledo, Bernardino Pimentel y los obispos secundaron las miras del Monarca, adquiriendo de este modo la Compañía numerosos protectores.

Empero una proteccion tan decidida no basta á distraer á los dos Jesuitas de la senda que les fuera trazada: es cierto que á veces se los encuentra en los palacios, mas no son estos los parajes que ansian. Existen en Valladolid hospitales donde yace el indigente en el lecho del dolor; calabozos en que el criminal expia sus delitos, y plazas públicas en donde el pueblo espera, hambriento de la divina palabra: los dos misioneros se dividen estas distintas tareas y las desempeñan con un celo extraordinario. Véselos cubiertos con sus haraposos vestidos, salir de los augustos palacios y fastuosas moradas en que la nobleza los acoge con veneracion y respeto, para descender al lecho de la indigencia doliente ó á la triste mansion del encarcelado, hallando palabras de esperanza y consuelo para todas las situaciones.

De Valladolid pasa Lefèvre á la capital de la monarquía española, á invitacion de las hijas de Carlos V. Propónenle al pasar por Toledo la fundacion de un casa para la Compañía: dinero, localidad, todo está á su disposicion; pero el Jesuita difiere las ofertas de los toledanos, porque pretendia dejar la iniciativa á la capital, con arreglo al consejo de Ignacio.

Entre tanto falleció en Valladolid la princesa Maria al dar á luz á aquel niño que bajo el nombre de D. Carlos sufrirá después tan aciago destino. Alejóse Felipe de esta ciudad, que era para él la mansion del luto. Lefèvre deseó poner cima á su obra: el Instituto tenia nuevos neófitos; érale, pues, preciso instruirlos, dotarlos y albergarlos. Eleonora de Mascareñas, aya del jóven Carlos, alargó los primeros fondos, y la piedad de los grandes y del pueblo terminó el colegio y la casa profesa de Valladolid.

Este establecimiento fue como el legado mortuorio que transmitió Lefèvre á la Compañía: apenas llegaba á cuarenta años; pero una vida tan llena de agitaciones, combates y sufrimientos habia consumido sus fuerzas; moria porque todo en él habia muerto, si se exceptúa el corazon y la fe.

El concilio general, que tanto habia ansiado, iba por fin á celebrarse en Trento. Salmeron y Laynez fueron enviados á él en calidad de teólogos de la Santa Sede por el papa Paulo III; pero queriendo agregar un tercero á los dos comisionados, designó á Lefèvre, á quien el rey de Portugal nombraba en aquel instante patriarca de Etiopia. Loyola le anunció las intenciones del Pontífice, y el Jesuita se somete á ellas sin tardanza: hácenle observar que en el estado de su salud era volar á la muerte: «no es necesaria la vida, responde, pero eslo mucho la obediencia,» y marchó.

A su paso por Gandía coloca con el duque Francisco de Borja la primera piedra del colegio de este nombre, del que fue superior después el P. Oviedo, y llega á Barcelona en el mes de junio de 1546. La fiebre que le consume y el calor que abrasaba la atmósfera no bastan á impedirle el predicar las verdades eternas.

Por último, después de numerosos padecimientos y continuados viajes, arriba á la capital del mundo cristiano, y se halla entre los brazos de sus compañeros y á los piés de Ignacio, que le bendice y le cubre de lágrimas; Loyola escucha entusiasmado los progresos de la Compañía de boca de su discípulo, y este rinde su alma al Criador el 1.º de agosto de 1546. Habia Ignacio perdido á su amigo y primer discípulo; pero este le legaba en cambio un inmenso número de hijos, para quienes su muerte venia á ser una ocasion de triunfo y un objeto de envidia santa. La mision de Lefèvre y la de los otros diez primeros Padres se habia ya extendido por distintas partes del globo. En menos de seis años es-

tos diez individuos, tan hábilmente escogidos, habian dado cima voluntariamente á lo que el monarca mas absoluto y despótico no hubiera osado exigir de la esclavitud mas ciega.

Á la voz de Loyola, que para ellos era el intérprete de la voluntad divina, habian hundido la herejía victoriosa, y obligado al clero á ruborizarse de sus escandalosas costumbres. En medio de los innumerables obstáculos que á cada paso renacian contra ellos, habian diseminado el gérmen de la Sociedad de Jesús en las provincias del Mediodia y Norte de Europa. Hemos expuesto con alguna detencion la inmensidad de estas tareas apostólicas: réstanos ahora el referir lo que hacia Loyola en tanto que sus compañeros evangelizaban al mundo á pasos de gigante.

En la calma llena de actividad que imponia á su voluntad y á la de sus sucesores el primer general de la Compañía, existia un fondo de reflexion, cuya prudencia han venido siempre á justificar los hechos. Sabia Loyola que los capitanes expertos se retiran en los dias de batalla para dirigir desde léjos la gran maniobra que se han propuesto seguir. Un jefe de ejército debe por medio de sus ordenanzas hallarse al frente de las tropas: los movimientos de estas, su valor y aun su vida, están en manos del general; dispone de ellas de la manera mas absoluta, y se condena en el hecho mismo á esa inaccion corporal que redobla las facultades intelectuales. El general es quien impele, retiene y combina todos los recursos, reasumiendo en su cabeza la responsabilidad de todos los sucesos. Loyola adoptó esta táctica previendo que sus ventajas son incalculables: diseminó por el globo á sus huestes; envió á sus hijos á luchar con la humillacion y la gloria, con la predicacion y el martirio: desde Roma, que para él era el centro de operaciones, comunicaba á todos el vigor, y lo que aun es mas que el vigor, regularizaba sus acciones y movimientos.

En un tiempo en que las comunicaciones no eran nada fáciles, y en que cualesquiera evolucion militar era una traba, habia Loyola descubierto el medio de entablar con sus discipulos las comunicaciones mas rápidas. Tenianle estos al corriente de sus misiones; le daban parte de sus júbilos y sus pesares; le asociaban con el pensamiento á sus luchas y peligros; exigian sus órdenes, y se conformaban con sus consejos. Mas tranquilo que ellos, puesto que no se hallaba impresionado de las pasiones locales, juzgaba las cosas con mas discernimiento, y las coordinaba con mas concierto.

Durante este tiempo se ocupaba Ignacio en arreglar el interior de la casa profesa; en formar los novicios, regulando su conciencia, y aplicándose á inspeccionar el alcance de sus talentos y el instinto de sus caracteres. Distribuia las ocupaciones; contemporizaba con los débiles; estimulaba á los imperfectos; morigeraba el fervor de los unos, alentaba el de los otros, y parecia transformarse en todó para todos. Con el fin de amoldarlos á la vida de privaciones que abrazaban, no les ocultaba ninguno de los puntos de la disciplina; tenian que aceptarla tal como se les ofrecia ó renunciar á la Sociedad.

Ejercia esta su ministerio en seis especies de domicilios que Loyola designó bajo los nombres de «casas profesas, colegios, «casas de pensionistas-ó seminarios, noviciados, residencias y «misiones.»

Las primeras estaban destinadas á la direccion de las almas, al confesonario, predicacion, catecismos, asistencia de moribundos y visita de hospitales.

Los colegios toman el carácter de escuelas públicas en que la instruccion es mas ó menos completa á proporcion de su importancia, debiendo abrazar desde las humanidades hasta la teología. Estos con sus iglesias han de poseer bienes raíces en proporcion del personal de los catedráticos necesarios, de los gastos de enseñanza, del servicio religioso, biblioteca y gabinetes de física; no pueden admitir á los educandos sino en clase de externos, y sin percibir retribucion alguna.

Las casas de pension ó seminarios reciben alumnos pensionistas. Estos establecimientos son de dos especies, con ó sin clases; debiendo frecuentar estos últimos las del colegio inmediato.

El noviciado es la casa de pruebas en la que son admitidos los aspirantes á los ejercicios de la vida espiritual por espacio de dos años. Los noviciados deben tener fondos suficientes para su conservacion.

Llámanse residencias á las casas profesas ó colegios en gérmen; asi como las misiones son las residencias en los países de infieles ó herejes.

Ya estaba el Instituto establecido y sus Constituciones terminadas; restábale al general hacerlas observar. Loyola se oponia con un vigor que no permitia renovar la proposicion, al que le hablaba de introducir alguna modificacion en las reglas so pretexto

de hacerlas mas perfectas, porque segun él decia el mejor intencionado era el enemigo del bien. Comprendiendo perfectamente que las Órdenes religiosas, así como los Estados políticos, no deben consumir su vida en la indagacion de teorías inaplicables ó de un bienestar que la naturaleza misma del hombre hace imposible, mandaba atenerse á lo hecho. Habia creado y deseaba conservar.

Los progresos de la Sociedad sobrepujaban sus esperanzas; habia llegado á ser un baluarte contra la herejía, y un nuevo lazo entre las naciones católicas; extendíase por todas partes, y en todas ellas era reclamada. El soberano Pontífice restringiendo la bula de su creacion habia limitado á sesenta el número de profesos: la corte de Roma conocia bien la necesidad del Instituto; mas no obstante, deseó experimentarla por algunos años de práctica, é Ignacio participó de la misma opinion. Tres años después el Papa por su bula *Injunctum nobis* del 14 de marzo de 1543, otorgó á la Compañía la facultad de recibir en su seno á todos los que se presentasen, y cuya vocacion hubiese experimentado, concediéndola tambien el derecho de formarse Constituciones: habíasela de consiguiente abierto un campo mas vasto, y no la restaba mas que diseminar las luces en él. Mas esta existencia reflexiva y apática en medio de las agitaciones exteriores, no llenaba el alma de Loyola: érale preciso propagar la Orden de Jesús santificando á Roma, y se dedicó á la complicacion de esta doble tarea con aquella perseverancia que se ve siempre coronada del éxito.

Roma no carecia de palacios: cada soberano Pontífice se creia obligado á ofrecer uno á su familia, como un testimonio de su afecto y de su omnipotencia pasajera; eleváronse iglesias ricamente dotadas, y aun mas fastuosamente adornadas de mármoles y pinturas, en todos los sitios en que se habian realizado algunos sucesos gloriosos para el cristianismo; un lujo de piedad, que ha sido tan favorable al desarrollo de las bellas artes, impregnaba la atmósfera de la corte romana; pero en medio de esta felicidad dimanada del contacto de todas las glorias, los indigentes eran los únicos que se veian olvidados. En Roma, así como en todas las ciudades meridionales, en que las necesidades del individuo son poca cosa, apenas se creia en la pobreza ni aun en teoría: si se construía un hospital, venia á tomar la forma de un palacio en manos del arquitecto. Ignacio habia vivido entre los pobres; su

vida errante y su mendicidad espontánea le habian puesto en disposicion de conocer mas íntimamente los padecimientos de las clases jornaleras; se habia asociado á sus cuitas, y resolvió remediarlas.

Habia encontrado corazones que comprendian el suyo, cardenales, príncipes y un soberano Pontífice que solo ansiaban participar de las empresas que Ignacio proyectaba.

La primera que puso en ejecucion fue la casa de los Catecúmenos. Desde que la Compañía de Jesús adoptara la costumbre de explicar los misterios de la fe en todas las esquinas de las calles y en las plazas públicas, se hallaron muchos judíos que abrian los ojos á la verdad; pero la indigencia con que se veian amenazados, les impedia declararse abiertamente. Loyola ofreció la morada que ocupaba á algunos de aquellos á quienes no retuvo este temor; pero se acrecentó su número en tal proporcion, que bien pronto se vió obligado á buscar un asilo mas capaz. La casa de los Catecúmenos fue fundada no solo para los hebreos sino para los turcos é infieles de todas las naciones. En Roma se conservan los registros en que están consignados los nombres de los gentiles que han recibido el Bautismo en este establecimiento desde el año de 1617 hasta el de 1842, y cuya cifra asciende á 3614 neófitos.

La depravacion de las costumbres del clero, tan enérgicamente señalada por Lefèvre y demás Jesuitas, se habia extendido, como era natural, al rebaño. En Roma era mayor el escándalo que en ninguna otra parte, y aun parecia abrigarse bajo la misma tiara. El Papa lamentaba en secreto las consecuencias de una situacion tan deplorable y cruel; para separar á las mujeres del desorden y ofrecer un asilo á sus remordimientos, solo existia un monasterio de Arrepentidas, bajo la advocacion de santa María Magdalena; las que entraban en este convento quedaban consagradas religiosas en el hecho mismo, y dedicaban el resto de sus dias á la soledad y penitencia. Muchas de ellas temblaban un porvenir semejante, y para tranquilizarlas fundó Ignacio el monasterio de Santa Marta en el que eran indiferentemente acogidas toda clase de pecadoras. Una vez consagrado este refugio á las prostitutas y demás mujeres pervertidas, se aplicó el general á preservar á las jóvenes de la seduccion á que la necesidad las exponia, haciendo construir á este intento la casa de Santa Catalina.

Una de las cosas que mas afligian el corazon de Loyola era el ver á los huérfanos de ambos sexos abandonados, sin asilo y expuestos á la pública caridad; y como albergaba en su corazon inagotables tesoros de caridad, concibe el proyecto de dar un padre sobre la tierra á aquellas pobres criaturas que ni aun al del cielo conocian. Llama á todas las puertas, conmueve todos los corazones, y se dirige á todos los poderosos, hasta que por fin logra construir dos casas para los huérfanos de ambos sexos.

Existen aun estos monumentos bajo la direccion de los clérigos de la Somasca, fundados por san Gerónimo Emiliano, y se ocupan en la educacion de la juventud. Todos los años en la fiesta de san Ignacio concurren estos niños á la iglesia del *Gesu*, y para manifestar su reconocimiento al que proveyó de asilo á tantas generaciones de huérfanos, ayudan á todas las misas que se celebran en su memoria.

No impedian á Ignacio tantos afanes el vigilar por la ventura de la cristiandad y por conservar la armonía entre los soberanos. Habíase suscitado una querrela entre la corte de Roma y la de Portugal, siendo la causa el haber concedido el papa Paulo III el capelo de cardenal á D. Miguel de Silva, embajador que habia sido cerca de los pontífices Leon X, Adriano VI y Clemente VII. No habian consultado al Monarca para esta promocion, que sin duda hubiera aprobado, puesto que el obispo de Viseo, Miguel de Silva, era su favorito y disfrutaba su confianza.

Temiendo el nuevo Cardenal la cólera del Rey su amo, creyó prudente ponerse al abrigo de su persecucion, y se refugió en Roma, donde sus talentos acababan de ser tan dignamente recompensados.

Juan III se quejó con amargura, y la corte de Roma, que hubiera debido ser circunspecta, recibió sus quejas con frialdad: no satisfecha de haber honrado á Silva con el cardenalato, le nombró su nuncio apostólico en España, en reemplazo de Contarini, que acababa de fallecer.

En las cortes, en que una cuestion de etiqueta decide á veces de los negocios mas complicados, no podia pasar desapercibida semejante infraccion de costumbres. Juan III era piadoso, pero firme. El soberano Pontífice unia el orgullo de los Farnesios á la fuerza que presta la tiara. Semejante conflicto podia ser una nueva calamidad para la Iglesia: Ignacio se constituyó mediador en-

tre ambos Soberanos. Escribió al rey de Portugal, negoció directamente con el Papa y con su sobrino el cardenal Alejandro, autor de la querrela y amigo de Silva. Sus ruegos, sus consejos y las consideraciones que supo emplear para no ofender la susceptibilidad de ninguno, produjeron un feliz resultado, y apresuraron la reunion del concilio ecuménico.

Los primeros años de la Compañía de Jesús, tan útiles y laboriosos, no podian menos de producir la alarma en el campo luterano, en los conventos, y sobre todo, entre los hombres apáticos, que á cualquier clase de culto que pertenezcan, no quieren ser atormentados por la agitacion de nuevas ideas. El ascendiente que los Jesuitas tenian sobre todos los ánimos, y la influencia que habian adquirido por el hecho mismo de su apostolado, suscitaban contra sí toda especie de enconos, que degeneraron en profecías ó alegorías segun el gusto del tiempo.

Los Luteranos é incrédulos del siglo XVI, que ponian en duda las profecías, cuya autenticidad reconocia la Iglesia católica, y que discutiendo y aun torturando su texto las explicaban cada uno á su modo, acogian con gusto todas las que se inventaban contra la Compañía de Jesús, las esparcian con profusion atribuyéndolas el carácter de verdaderas, por la sola razon de que la eran hostiles. Refirieron, atribuyéndola á santa Hildegarda<sup>1</sup>, una pre-

<sup>1</sup> Santa Hildegarda, abadesa de la órden de san Benito, en el monte de san Ruperto, nació en 1098 y murió en 1179. El proceso de su canonizacion fue comenzado en 1237, vuelto á tomar en 1243 y últimamente en 1317, sin que se haya terminado jamás. Sin embargo ha prevalecido su culto.

La lista de sus obras auténticas se halla en Tritemio (Crónica Hirsauge, año de 1147), y con mas exactitud en el proceso de su canonizacion. Hé aquí las obras que se mencionan en él: *Acta Hildegardae anno 1232*; el libro intitulado *Sci-vias*; el de la *Medicina simple y medicina compuesta*, el de la *Exposicion de los Evangelios*, el *Cántico de la celeste armonia*; la *Lengua desconocida* con sus letras; el de los *Méritos de la vida*, y el de las *Obras divinas*. Entre todas estas obras no se encuentra ciertamente la profecía sobre las cuatro Órdenes mendicantes que debió forjarse sin duda á mediados del siglo XIII, y dirigida en un principio contra las comunidades religiosas de san Francisco y santo Domingo, cuando Guillermo de San Amor y otros profesores de la universidad de Paris atacaban á estas dos Órdenes nacies.

Mas adelante hicieron los herejes algunos cambios en esta falsa profecía para aplicársela á los Jesuitas. Casimiro Oudin, que de religioso premostratense pasó á aumentar el número de los protestantes, dice al hablar de las profecías de Hildegarda (*Commentaria de Scriptoribus ecclesiasticis*, t. II, ed. 1572): «Son puras ilusiones nocturnas de un cerebro vacío: *Purissimae vacu cerebri*

diccion hecha en el siglo XI, y de la que esta abadesa, del convento de San Ruperto, estaba mas inocente que los Protestantes ó los envidiosos celos de algunos monjes. Hé aquí esta prediccion tal como se lee en la historia de los religiosos de la Compañía de Jesus <sup>1</sup>:

« Se levantarán unos hombres que se engordarán con los pecados del pueblo; se jactarán de pertenecer al número de los mendigos; se conducirán como si no tuviesen vergüenza ni pudor; se estudiarán entre sí para inventar nuevos medios de hacer daño; de manera que esta Orden perniciosa será maldita de los sabios y de los que permanezcan fieles á Jesucristo. El diablo arraigará en su corazon cuatro vicios capitales: la lisonja, de que se servirán para comprometer al mundo á hacerles grandes dádivas; la envidia, que les conducirá á no poder tolear que se haga bien á otros y no á ellos; la hipocresía y la murmuracion, á cuyas armas recurrirán para solapar sus crímenes y hacerse recomendables vituperando á los demás. Predicarán sin cesar en presencia de los príncipes de la Iglesia, pero sin devocion, y sin que puedan presentar ningun ejemplo de un verdadero mártir; y si únicamente con el objeto de captarse la adulacion de los hombres y el aprecio de los sencillos. Se arrogarán el derecho que asiste á los verdaderos pastores para administrar al pueblo los Sacramentos. Arrebatarán las limosnas á los pobres, miserables y enfermos, mezclándose con el populacho para realizarlo; contraerán familiaridad íntima con las mujeres adiestrándolas en el arte de engañar á sus maridos, y á dejarles sus bienes sin noticia de aquellos; aceptarán libre é in-

« *illusiones nocturnae.* » Largo tiempo después de esta confesion se arrebató en éxtasis, y admira con qué exactitud pinta la Santa en sus ilusiones á las cuatro Ordenes mendicantes y á los Jesuitas que debían seguir las.

Tritemio, en sus *Crónicas*, por los años de 1147, dice haber leído todas las obras de Hildegarda en original, y no haber encontrado jamás esta profecía. Papebroch, en las *Actas de los Santos* de los Bollandistas (tomo I, pág. 607) declara haber ido él mismo, en 1660 al monasterio de Binghen, residencia de Hildegarda, y haber tenido entre sus manos las obras de la abadesa, de las que no formaba parte la famosa profecía.

<sup>1</sup> (Tomo II, pág. 68). Esta obra, que ha llegado á ser muy rara, consta de cuatro volúmenes en dozavo, impresa en Utrecht, su editor Juan Palfin, 1741. Es anónima, pero el *Diccionario de los anónimos y pseudónimos*, de Barbier, afirma que su autor es Quesnel, famoso jansenista.

« diferentemente toda clase de bienes mal adquiridos, prometiendo rogar á Dios por los que se los leguen: salteadores, ladrones, cohechadores, usureros, fornicadores, adúlteros, herejes, cismáticos, apóstatas, soldados disolutos, comerciantes perjuros, hijos de viudas, príncipes que viven contra la ley de Dios, y finalmente todos aquellos á quienes el demonio tiene enredados en una vida libertina y afeminada, conduciéndolos por el camino de la condenacion eterna; todo será bueno para ellos.

« Empero el pueblo empezará á entibiarse cuando haya conocido por experiencia que son seductores; cesará de darles, y entonces correrán como perros hambrientos y rabiosos en derredor de las casas, con los ojos bajos, y alargando el cuello como buitres, buscarán pan para saciar su hambre; pero el pueblo les gritará: ¡INFORTUNADOS! HIJOS DE DESOLACION! el mundo os ha seducido; el diablo se ha apoderado de vuestros corazones y de vuestras bocas; vuestro espíritu se ha extraviado en vanas especulaciones; las vanidades mundanas han fascinado vuestros ojos, y vuestros piés serán alas para volar á toda clase de crímenes. Recordad que no habeis practicado ningun bien; que os habeis disfrazado con la máscara de pobres, humildes, piadosos, pacíficos, caritativos y humanos; siendo poderosos, soberbios, avaros, insensibles á las necesidades ajenas, calumniadores, revoltosos, perseguidores, amantes del mundo, ambiciosos de honores, expendedores de indulgencias, sembradores de discordias, mártires delicados, confesores asalariados, gentes dispuestas á sacrificarlo todo por la comodidad, glotonos insaciables y compradores incesantes de casas que habeis procurado continuamente levantar, de manera que no pudiendo subir mas altos, habeis caído como Simon Mago, á quien Dios fracturó los huesos é hirió con una llaga mortal á ruego de los Apóstoles. Por lo tanto, vuestra Orden será destruida á causa de vuestras seducciones é iniquidades. Alejaos, doctores del pecado y del desórden, padres de la corrupcion, hijos de la maldad, no queremos vivir bajo vuestra direccion, ni escuchar vuestras máximas <sup>1</sup>. »

<sup>1</sup> En 1538, Jorge de Bronswel, arzobispo de Dublin, profetizó contra la Compañía de Jesús, poco mas ó menos en los términos de santa Hildegarda; pero la profecía del prelado irlandés, así como la de aquella abadesa, no fue conocida hasta el momento en que los Jesuitas hallaron enérgicos declarados

El P. Quesnel, en su buena fe de jansenista, no se para en barras; acaba de dar á luz una acusacion profética contra la Compañía de Jesús, en la que va á demostrarnos en el cielo y sobre la tierra mas de un signo precursor de las tempestades. Refiere inmediatamente, y á consecuencia de la profecía atribuida á santa Hildegarda, el prodigio<sup>1</sup> que él solo habia justificado mas de un siglo después de su pretendida realizacion.

« El año de 1541, dice, y pocos meses después de la fundacion « de esta nueva Orden, se levantó de repente y en muchos para- « jes de Europa á la vez una inmensa multitud de langostas ex- « traordinarias. Pequeñas y sin alas en un principio, les fueron « naciendo poco á poco hasta cuatro, y crecieron hasta el grosor « y la longitud del dedo pulgar; eran tan innumerables, que for- « maban á veces una especie de nubes de la extension de una mi- « lla, y tan espesas que oscurecian la luz del sol. Estos insectos « hicieron grandes estragos por todas partes; devorando toda ve- « getacion hasta la raíz, volaban por encima de los árboles, de « las casas y de los edificios mas elevados, de donde se lanzaban « con fuerza sobre los trigos y sobre cuánto la tierra produce pa- « ra el alimento de los seres humanos; de suerte que no se habian « visto semejantes langostas desde la plaga con que Dios castigó « á Faraon y á los egipcios. Destruyeron, sin que se pudiese re- « mediar, toda la cosecha, y cuando murieron, á fines de otoño, « dejaron una inmensa cantidad de huevecitos negros, que pro- « dujeron, al año siguiente, un infinito número de gusanos que « sirvieron de alimento á los cerdos. »

La alusion es tan clara que no necesita comentarios: hemos referido los primeros años de la Sociedad de Jesús: restábanos para hacer evaluar lo que pueden las pasiones, citar semejantes fábulas, que deponen con tanta energía contra las aberraciones del espíritu humano.

en todas las cortes entregadas al filosofismo del siglo XVIII. En esta época se la ve citada en las *Novedades* de 1753, página 207; en las de 1759, pág. 61, y en la recopilacion de los diferentes procesos contra los Jesuitas, impresa en el mismo año.

<sup>1</sup> Historia de los religiosos de la Compañía de Jesús, tomo XI, página 72.

## CAPÍTULO IV.

Javier marcha á las Indias. — Predica en Mozambique. — Convierte al cristianismo á la isla de Socotora. — Los portugueses en Goa. — Su fausto. — Javier se opone á tanta depravacion. — Empieza ganando la confianza de los niños. — Cambia de aspecto la ciudad. — Javier en la costa de Pesquería. — En el cabo Comorin. — Los brahmanes. — Guerra de los bagades. — Triunfa de ellos Javier. — Resucita un muerto en Travancór. — Persecuciones del rey de Janapatan. — Carta de Javier al rey de Portugal. — Llega á Meliapor. — Se dirige á Malaca. — Predica en la isla de Amboyna. — Las Molucas. — La isla del Moro. — Su carta á Ignacio. — Coalicion de los reyes indios contra los portugueses. — Van aquellos á sitiarse á Malaca. — Javier la liberta de sus enemigos. — Parte para el Japon. — Aborda en Cangoxima. — Los bonzos. — Su culto. — Sus costumbres. — Llega á Amanguchi. — Sus padecimientos y predicacion. — El reino de Bungo. — Entrada solemne del Jesuita en la capital. — Forma el proyecto de penetrar en la China. — Visita á Goa. — Su carta al rey de Portugal. — D. Alvaro de Atayde se opone á su viaje á la China. — Pretende desembarcar solo en la costa. — Llega á Sancian. — Su muerte. — Honores fúnebres hechos en su memoria.

Juan III de Portugal, el principe mas afortunado de su siglo, habia encargado á D. Pedró de Mascareñas, su embajador en Roma, que solicitase del Papa seis de aquellos hombres apostólicos cuyo nombre se habia popularizado en Europa. Las armas portuguesas se habian franqueado un paso en las Indias orientales, y el rey Juan III deseó introducir en ellas el Evangelio para hacer participe al cielo de su conquista. Consultado Loyola por el soberano Pontífice, contestó que solo tenia dos individuos á su disposicion, y que los ofrecia con gusto á la Santa Silla y al rey de Portugal. Rodriguez marchó primero, y Francisco Javier reemplazó á Bobadilla, que era el segundo nombrado para esta expedicion, y que no pudo realizar por hallarse enfermo.

Acogió el Papa con transporte á Francisco, que se presentó á sus órdenes con el corazon rebotando de júbilo: habíale Ignacio designado el 14 de marzo de 1540 para su marcha; pero su celo no le permitió diferirla por mas tiempo, y tomando solo el que le bastó para remendar su sotana, salió de Roma el día siguiente.